



BUN

III Muestra de Teatro Madrileño

De lo aficionado a lo profesional

Entre el 10 y el 29 de septiembre se celebró la Tercera Muestra de Teatro Madrileño, en la que han participado doce compañías aficionadas y profesionales, según los casos, ocupando los escenarios de las salas Olimpia, Mirador, Galileo y Albéniz. No obstante la presencia de algunos grupos demasiado endebles, esta edición ha dejado un balance discretamente mejor que las anteriores.

Juanjo Guerenabarrena

El objetivo sigue siendo —afirma Manuel Domínguez, director de la Red de Teatros de la Comunidad de Madrid, en el programa de la Muestra— difundir las creaciones más relevantes de aquellas compañías, en su mayoría con elencos estables, que debido a la estructura fuertemente comercial de la mayoría de las salas de teatro de nuestra capital no han podido presentar sus espectáculos en Madrid". Por otro lado, en la nota de prensa difundida para la convocatoria de la presentación, se lee: "...la Red de Teatros apuesta de esta manera por asentar un espacio que sirva para aglutinar experiencias, búsquedas, intercambiar ideas y todo cuanto interese y enriquezca a quienes hacen el teatro en nuestra Comunidad y al público que se dirigen".

Cabe deducir de lo anterior que el adjetivo "madrileño" no tiene —afortunadamente— otra acepción, en este caso, que la de "hecho en Madrid", con lo que se superan, en principio, dudas e imprecisiones antiguas. Tan disipadas quedan que se podría prescindir del adjetivo, por significado inexistente, que para eso es Madrid cosmopolita, multidisciplinar, pluriestética y poliétnica.

De las declaraciones de principios se descuelga también el adjetivo "relevante", referido a las creaciones de las compañías presentadas. En este punto, es preciso señalar el agravio comparativo que supone equiparar el trabajo de, por ejemplo, Noc-támbulos, con el de, por ejemplo, Telémaco. La misma programación conjunta de compañías aficionadas de bajo nivel con compañías profesionales y solventes en lo que al aspecto artístico se refiere es una injusticia, por lo menos, en los dos sentidos del eje.

Clásicos y clásicos

Clásico es Calderón, pero también, a estas alturas, Ionesco y Dario Fo se pueden considerar clásicos, aunque menos viejos, naturalmente. Y clásico, al menos en los miedos y en las perversiones, es el conde Drácula, con más cuento que Calleja, por cierto, otro de los clásicos que han venido a visitar esta Muestra tercera de Teatro Madrileño. En todos los casos, desde el más al menos clásico, la visión actual ha estado presente en una u otra medida.

El Teatro de la Danza, en un ajustado cumplimiento de las normas naturalistas de Emile Zola, construye una historia que explica la génesis y evolución de Drácula, su Drácula, y convierte todo el espectáculo en una interesante visión del poder, la libertad y el hombre. La realización es de alta categoría y constituye un nuevo paso adelante en esa extraña y bella simbiosis que Teatro de la Danza lleva dibujando tantos años. El clásico Drácula aparece aquí como el clásico cualquiera de los espectadores, con lo que el entendimiento, la profundidad y el reconocimiento no sufren, sino que favorecen.

También se entiende, aunque la distancia se hace quizá inevitablemente mayor, el contenido fundamental de *La cisma de Inglaterra*, que Zampanó Teatro abrió para el público en el Galileo. El punto de partida es más clásico, si bien la utilización del espacio escénico introduce la separación entre escena y escenario, que comienza a sugerir interesantes pinceladas de interpretación. Sin pedanterías, Zampanó Teatro logra que el texto de Calderón llegue al entendimiento actual. La solemnidad que impregna el montaje deja entrever los someros apuntes de novedad, que dotan al trabajo de Zampanó de una lógica perfectamente asequible. Dicho lo anterior, tanto Zampanó como Teatro de la Danza se convierten en verdaderos gigantes si se los compara con los intentos

irrelevantes de Ara Teatro (*El camino de estrellas*), de Telémaco (*El falso príncipe*) o de Amaranta (*El amor enamorado*), si bien de los tres, el último es el menos irrecuperable.

Si la Muestra se dividiera en dos, a saber: teatro profesional y teatro aficionado, la comparación no se daría y la apreciación sería menos objetiva, calidad que a veces, como en este caso, impone a la crónica un juicio de valor.

Si comprendemos, por otro lado, que Dario Fo es un clásico contemporáneo, en este apartado de los clásicos debemos encuadrar el trabajo de Zascandil con *Pareja abierta*. Es posible que el tema de la obra debiera haberse puesto al día, pues sabido es que Fo y Franca Rame escribieron muy pegados a la actualidad. Pero el resultado y la propuesta de Zascandil, dirigido por Enrique Silva, entran de lleno entre lo mejor de la Muestra.

El musical

Como musicales podemos definir los espectáculos *Faus-trot* y *Más cuento que Calleja*, que si bien no están concebidos completamente como tales, deben a la melodía buena parte de su justificación escénica. En los dos se cuenta con actores solventes y no menos solventes directores, pero en los dos también se cuenta con la evidencia de la deficiente preparación en materia musical de unos y de otros.

Siendo espectáculos de buena factura (quizá *Faus-trot* deba colocarse en un nivel superior), hacen agua cuando entra la banda sonora, no por ella misma, sino por la incompleta capacidad de los intérpretes. No son en absoluto malos actores. Sencillamente, son víctimas de la casi inexistente formación que en este país se les ofrece. Todos resuelven bien el registro hablado. Pero cuando se trata de cantar, se produce una pequeña catástrofe, no menor que cuando se trata de pergeñar tres o cuatro pasos de baile. Es una lástima.

De cualquier forma, *Faus-trot* es un interesante intento con calidad teatral sobrada, en el que la historia eterna de Fausto se engarza con el poder mágico, demoníaco, de los ritmos y la semántica del pentagrama.

Los nuevos autores

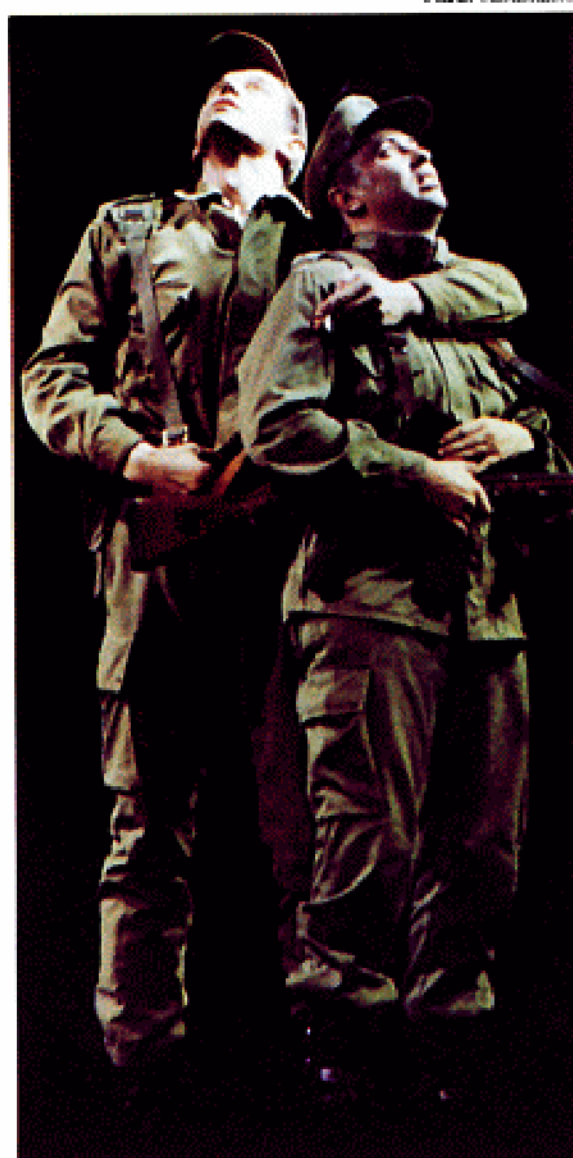
El camino de la interpretación, sin otras complejidades escénicas, pero con un resultado más que gratificante, es el seguido por los (tal vez) mejores trabajos de la muestra:



CHICHO

En la página anterior, *"El amor enamorado"*, de Lope, por la Compañía Amaranta. Arriba, *"Más cuento que Calleja"*, y, abajo, *"Retén"*, de Ernesto Caballero, dirigida por Roberto Cerdá.

FILAR CEMBRERO



Maldita seas, Matando horas y *Retén*, este último de manera sobresaliente.

Nancho Novo se adentra en una refrescante locura teatral de tema religioso y humano, para desensabanar fantasmas y feligresías. Su interesante ejercicio teatral duró sólo dos días en la Muestra, pero dejó el suficiente impacto como para erigirse en punto de referencia de la misma.

Otros dos días estuvo el extraño complejo de *Matando horas*, una crónica gélida de la soledad, del hastío y una cruda revisión del mundo de los recuerdos. Rosa Savoini y Celia Bermejo mantuvieron la difícil tensión del espectáculo.

Y para el final, *Retén* de Ernesto Caballero, dirigida por Roberto Cerdá e interpretada por Valentín Hidalgo y André Lima. El director y los actores realizan un trabajo de alto nivel, con lo que la Escuela de Arte Dramático, de la que salieron hace ya algunos años, se coloca en el lugar que merece, y no en el que le quieren endosar en los últimos tiempos algunos críticos y algunos profesionales que no pueden distinguir el polvo del grano.

Retén, teatro actual, formato realista, es teatro grande. Su exposición de las relaciones de dos soldados (uno veterano y otro novato) y entre ellos con el poder militar que los somete está llena de verdad, profundidad y humor, aunque, como ya se ha encargado de señalar la crítica, la introducción de la voz en off de un teniente borracho no sea la mejor de las soluciones.

En definitiva, buenos visos de teatro en esta Muestra, si no fuera por esa extraña y dañina mezcla entre el sector aficionado y el sector profesional, que no permite calibrar las verdaderas dimensiones de uno ni de otro. □